

ciencia / ficción

GABRIEL BERMUDEZ CASTILLO

VIAJE A UN PLANETA WU-WEI



Después de que hubo cerrado las esposas sobre sus muñecas, Sergio permaneció inmóvil, encadenado al poste de bello plástico azul. Vio, primero, una figura borrosa que huía rápidamente a lo largo de la avenida, a esta se sumaron otras que se retiraban temerosamente, contemplando con marcado recelo la brillante cadena que le unía al poste.

I

EL PRISIONERO

Después de que hubo cerrado las esposas sobre sus muñecas, Sergio permaneció inmóvil, encadenado al poste de bello plástico azul. Vio, primero, una figura borrosa que huía rápidamente a lo largo de la avenida, a esta se sumaron otras que se retiraban temerosamente, contemplando con marcado recelo la brillante cadena que le unía al poste.

No les hizo caso. Ya hacía muchos días, e incluso quizá muchos años que la suerte estaba echada, las jugadas del destino hechas y realizadas, y que los datos y las cifras, las circunstancias y los acontecimientos, se habían engranado unos tras otros para dar como resultado su encadenamiento al poste de bello plástico azul, y su exhibición ante los ojos asombrados, y un tanto asqueados, de los ciudadanos y las máquinas.

Una pareja, ataviada suntuosamente con ropas de dacrón escarlata bordeadas de oro (los cuellos subidos estrictamente hasta el nivel prescrito, la marcha pausada, los rostros puros y limpios levemente alzados hacia arriba) se detuvo, tal vez intencionadamente, tal vez sin fijarse en las cadenas, a su lado. Hubo un leve gritito en los labios de la mujer (no había sido intencionada su detención) y los dos se transformaron en una huidiza mancha roja, rielada de oro, que se perdió en uno de los túneles transversales.

Conocía bien aquella avenida; era una de las principales. Concretamente la que unía Bremen con el Castillo de

las Prendas No Encontradas. Millas de luminosa longitud, ancha hasta casi no verse el otro lado, amplios paseos laterales cubiertos irregularmente de plantas en las que una sabia mano escondida estableció muchos años antes una oculta simetría. En medio de este espolón fluorescente introducido como por casualidad en el tráfico incesante de la avenida, se alzaba el poste de plástico del cual salían las cadenas, que a su vez terminaban en la dorada pareja de esposas cerradas sobre sus manos.

Tras él, una densa masa de follaje verde gris quedaba subrayada por un macizo de flores intensamente amarillas, a las que un pequeño copo púrpura-negro en sus extremos daba una ligera impresión de planta venenosa. Más atrás, entre arcadas floreales, se abrían túneles semiocultos, con cifras y signos sobre ellos. Una suave música resonó durante unos segundos; después una breve voz pidió, por favor, que no olvidasen las pildoras DIPSNIAC para el mareo, el insomnio, la prevención de los resfriados y la gripe. Un recuadro luminoso centelleó sobre los vehículos que circulaban en apretadas hileras sobre la avenida Bremen-Castillo.

¿Y POR QUÉ NO TENER UN APARTAMENTO MÁS,
MÁS; MÁÁÁÁÁÁÁS GRANDE? HENCI-MENCI
CONSTRUCCIONES PUEDE DÁRSELO... MÁÁÁS
GRANDE.

Sin que los fogonazos de las lámparas de la lejana bóveda surtieran, al parecer, ningún efecto sobre esta desordenada avalancha de móviles. El fondo de la avenida, azul pálido, con breves relámpagos verde oscuro que contenían prevenciones o avisos.

LA PRESIDENCIA HEREDITARIA PRONUNCIARÁ
HOY UN TRANSCENDENTAL DISCURSO.

E incluso órdenes, y también listas de cosas que era posible adquirir, y de recorridos que era preferible evitar, y de cosas que era mejor no hacer.

NO TOMEN LA AVENIDA CORTES DEL PLACER-
ROMA HAY MECS SUELTOS, Y RESULTA ALGO
GRAVE SU ENCUENTRO.

¿A QUE NO SE ATREVE A SALTARSE LA PRÓXIMA
LUZ ROJA? UNA FUERTE PATRULLA DE LA POLICÍA
PRESIDENCIAL LE ESPERA, TIENEN PROYECTORES
RIFLES CLAVOS ¡JA! ¡ATRÉVETE CONDUCTOR!

PUEDES COMPRAR LAS ÚLTIMAS BIBLIAS. ÓRDE-
NES CONTRA TU DESMEDIDA LUJURIA. CUÉLGA-
TELAS AL CUELLO Y ELLAS TE IMPEDIRÁN HACER
ESO.

Apenas era visible en la distancia. A lo lejos, cerca de un nudo de tráfico donde los semáforos y las advertencias se arracimaban como una luminosa galaxia, hubo un sordo y retumbante estampido que reverberó lentamente bajo la bóveda. Sergio, picado de curiosidad, se inclinó hacia adelante todo lo que las cadenas daban de sí. En unos segundos un grupito de gente curiosa se había reunido a su alrededor, sobre, el espolón que penetraba en el tráfico, tratando de ver lo sucedido. Algo ardía a lo lejos, con espasmódicas llamas blanquecinas, y la ligera nube de humo azulado que subía hacia el techo era aspirada rápidamente por las grandes bocas de la bóveda.

NO CREAS QUE LAS ÓRDENES NO SON PARA TI.
NO HAGAS VOLCAR EL BOTE. RESPETA TODO LO
QUE DEBAS RESPETAR. RESPETA, RESPETA, RESPE-
TA.

El tráfico de vehículos multicolores fue disminuyendo su velocidad en los tres canales más próximos al espolón, hasta quedar totalmente detenido. Dos planeadores de la policía presidencial, seguidos de una monumental grúa (alegremente pintada en verde-gris con ramalazos amarillos) se deslizaron entre la bóveda y el tráfico dirigiéndose hacia el lugar del accidente. Al lado de Sergio, una muchacha joven, vestida de negro de pies a cabeza, con una L de oro sobre el hombro izquierdo, gritó:

—Es un prisionero... ¡UN PRISIONERO!

—Pero si solamente hice volar el Precinto 421 —contestó Sergio, alegremente—. Voló por los aires... Tres cartuchos de estabiolita... y ¡pum! Las máquinas, las cajas, la gente... todo.

La sola mención en público de las cajas hubiera sido bastante para ahuyentar a la multitud. Nadie quería hablar de la Cajas-Dossier almacenadas en las dependencias de la Presidencia-Hereditaria, donde los secretos anhelos, las debilidades, los fallos; donde la historia, el nacimiento, las compras, los cambios de cada ciudadano se almacenaban... En un instante, Sergio se encontró de nuevo solo.

QUE HE DICHO QUE TE COMPRES UN LIMITADOR DE PENSAMIENTO. TE DOLERÁ, AMIGO, TE DOLERÁ CUANDO PIENSES LO QUE NO DEBES... PERO ES POR TU BIEN.

MINERÍAS DE MARTE: 566%; RAMBLAS DE LA CIUDAD: 122%; OBLIGACIONES DEL TESORO PRESIDENCIAL: 999%. AL BORDE DE LA LOCURA. ¡CONVIÉRTELAS! ¡COMPRA AHORA!

Estaba comenzando a sentir sed y hambre. No había tomado la precaución de beber algo, pensando que la patrulla le recogería en seguida, sin dejarle durante mucho tiem-

po solo y abandonado, unido por el cromocero de la cadena al poste de bello plástico azul.

MARTIN BERGMAN. DEL PASAJE HEIDEMAN 1335, AMNISTÍA A SUS ACREEDORES Y DICE: QUE NO DEBE NADA A NADIE; QUE HA PAGADO PUNTUALMENTE LOS RECIBOS, Y QUE LOS RUMORES INFUNDADOS SOBRE SUS VELEIDADES NOCTURNAS SON TOTALMENTE FALSOS. LA RUINA LE ESPERA EN VIRTUD DEL COSTE DE ESTE ANUNCIO, PERO LA DA POR BUENA CON TAL DE SALVAR SU REPUTACIÓN. AYUDAD A SU FAMILIA, O COMETÉRÁ SACRIFICIO RITUAL.

El tráfico volvió, muy despacio, a ponerse en movimiento. Detrás de Sergio, hubo unos chasquidos y las plantas variopintas se introdujeron unas en otras, rumoreando alegremente entre sí, cambiaron de color, crecieron, extrajeron nuevas ramas y tomaron definitivamente la forma de un espeso palmeral, a través del cual, senderos sinuosos convergían en los túneles laterales y en la misma avenida.

«Las doce de la noche», pensó Sergio. Y no tuvo necesidad de mirar su reloj para saberlo.

Un silbido penetrante comenzó a sonar a su derecha. Vio el vehículo plateado deslizarse perezosamente sobre su colchón magnético encima del entretejido cabrillar de los charolados vehículos; vio como se acercaba lentamente a él, con las cifras negras 332 netamente delimitadas sobre su estructura oval.

«De manera que por ahí se va a ser», pensó Sergio. Y le invadió una sensación de miedo; tanto daba por un sitio que por otro, pero el mero hecho de saber el lugar concreto en que sería ejecutado era bastante para producir una sensación que el temor confuso y sin nombre hasta ahora sentido había sido incapaz de provocar.

El plateado planeador tomó suelo pacíficamente a su lado; una compuerta irregular se abrió; dos hombres con el uniforme contundente de la Policía Presidencial (el traje blindado amarillo y negro, con hombreras negras que indicaban el grado) descendieron por ella con aire indiferente. Uno llevaba en la mano el prisma plástico de una llave magnética; otro, un nuevo par de esposas doradas, ligeramente adornadas con piedras de bisutería. Como saliendo del techo curvado del vehículo un nuevo anunció restalló:

JIMENO CHAO-SENG, DE LA AVENIDA MASVE-RASQUE, 3211, AMNISTÍA A SUS ACREEDORES Y DICE: QUE NO ES CIERTO QUE HAYA SIDO INFIEL A SU AMADA ESPOSA Y QUE LAS PRUEBAS ESTAN A DISPOSICIÓN DE LAS COMADRES RUMOREA-DORAS DEL LUGAR Y ADYACENTES, PRUEBAS ¡OH, SI! CONTUNDENTES Y DEMOSTRATIVAS HASTA MÁS NO PODER. DESEA QUE SU REPUTA-CIÓN QUEDE A SALVO. COSTE ANUNCIO DAÑA PERO NO MATA; ESO SI, AGRADECE DONACIO-NES. ¡POBRE JIMENO, INJUSTAMENTE CALUM-NIADO!

El policía de las esposas se hallaba en ese momento aguardando que la llave magnética del otro soltase las cadenas de Sergio.

—Espera —dijo—. Ese Jimeno es amigo mío. Deseo donar.

—Pues hazlo —contestó el otro—. Yo no le conozco de nada.

A dos metros del poste de bello plástico azul, se abría una compuerta en el suelo leonado, y surgió una columna receptora, relumbrante en su estructura metálica cubierta de contadores y de gráficos. Un altavoz trompudo creció

desde uno de sus costados y giró levemente a un lado y a otro, esperando una identificación:

—Soy yo —dijo el policía—. Voy a dar diez créditos para la salvación del alma de Jimeno Chao-Seng, de la Avenida Masverasque, 3211. Los doy con honor.

—¡Oh, donador admirable! —canturreó la columna, después de haber orientado su boca hacia el origen de la voz—. Que tus huesos puedan ser roídos en paz en tu tumba; que los gusanos no toquen tu cadáver. ¡Da, da! La caridad es virtud que a todos honra. ¡Pobre... grffs... Jimeno, injustamente calumniado! En la abertura de la derecha, por favor. Esta columna receptora posee un identificador electrónico que castiga la entrada de moneda falsa con la detención inmediata y la anotación en la Caja.

El policía depositó con unción una moneda de diez créditos en la abertura de la derecha. «En el fondo —pensó Sergio— es un buen hombre... casi nadie hace caso de esos anuncios de reputación,... y menos aún donan nada». La columna emitió unos ruidos de deglución, produjo un par de clicks y anunció:

—Moneda auténtica y válida en toda la ciudad. ¡De buena te has salvado, si es que pensabas engañarme! Mira, mira y aprende. Con un nuevo chasquido, dos aterradores garfios acerados surgieron de los laterales de la columna; avanzaron velozmente hacia el aterrado policía, y volvieron a introducirse en sus alveolos.

—La caridad es virtud que a todos honra —repitió la columna—. De tus diez créditos, deducido el impuesto sobre la conservación de la reputación personal, no menos de tres créditos con cincuenta centavos contribuirán a engrosar el fondo a favor del pobre... grffsss... Jimeno, injustamente calumniado. Vale, y en paz. ¿No querrás recibo, supongo?

Con la velocidad de un relámpago, la columna receptora desapareció en el suelo leonado, a dos metros del poste de bello plástico azul, y el pavimento quedó tan intacto e

impoluto como si ni siquiera un rayo del lejano sol terrestre lo hubiera atravesado.

Las esposas se abrieron, después de la ligera aplicación de la llave magnética, y antes de que Sergio pudiera moverse, los dos policías se arrojaron sobre él. El donador le hizo una llave de lucha, capturándole con sus gruesos bíceps el cuello y los brazos; el otro, luchando y respirando fatigosamente, le endosó las esposas enjoyadas.

—¡Pero si no me voy a escapar! —gritó Sergio.

—Y eso, ¿qué nos importa? Eres un prisionero; los prisioneros puede ser que quieran huir; luego tú puedes querer huir. No podemos fiarnos de ti. Y ahora, al coche. Y sin rechistar. Un solo movimiento y te fulminamos. El Juez se ocupará de ti. Ya verás lo que te espera.

Asiéndole cada uno de ellos de un brazo, le introdujeron en el interior del vehículo plateado, que zumbaba suavemente, el piloto con el traje negro y amarillo a los controles; el arsenal de rifles, proyectores, clavos, sopletes, panoplias y armaduras colgado en las paredes; el bordoneante, motor en la parte trasera. Le sentaron entre ambos, y conectaron sus enjoyadas esposas a una cadena de termocrista que extrajeron de suelo.

Un viejecito de pelo blanco, sobriamente vestido con chaqueta y pantalones de tweed gris, con la insignia del cuerpo de Astronavegadores Jubilados en el lado izquierdo del pecho, se acercó hasta el final del espolón y se quedó mirándoles. Tenía unos ojos azules profundos, llenos de bondad y de humanidad. Preguntó, señalando al inmóvil Sergio:

—¿Puedo donar para él?

—No se moleste Vuestro Honor —contestó el donador, después de una rápida ojeada a la insignia—. Este no merece ya caridad alguna... ¡Está frito! Va a manos del Juez Instructor de Las Llanuras de Israel, el hombre más duro y justo que existe, en la Ciudad. Done Vuestro Honor para otro, que lo que es éste...

—¿Puedo, entonces, donar para tu familia, muchacho?
¿Qué crimen has cometido?

—Voló un precinto, con las cajas, la gente y las máquinas. Dieciséis personas murieron en ello, y desapareció un archivo completo. Vuestro Honor puede darse cuenta de que no tiene salvación. El Juez Instructor le condenará a la pena capital; hay pruebas contundentes, y se le interrogará hábilmente. En cuanto a su familia...

—No tengo familia. Vuestro Honor —dijo Sergio—. Agradezco la donación... pero no es precisa.

HOY HABRÁ UNA EJECUCIÓN EN EL PRECINTO 332, SECTOR DE LAS LLANURAS DE ISRAEL. NO SE OS OCURRA ACERCAROS POR ALLÍ. O LAS ESPOLETAS DEL EJECUTOR DEJARAN INÚTILES LAS MAGNETOS DE VUESTROS AMADOS VEHÍCULOS. INÚTIL DONAR, INÚTIL DONAR. CONDENACIÓN PROBABLE AL 99'993% Y SIN FAMILIA. INÚTIL DONAR.

—¿Ha visto Vuestro Honor? Hasta los anuncios lo saben.

LA PRESIDENCIA HEREDITARIA HARÁ MAÑANA TRASCENDENTALES MANIFESTACIONES.

LA CIUDAD TE NECESITA; ENRÓLATE EN LAS TROPAS MINERAS DEL ASTEROIDE, Y VERÁS EL ESPACIO. BIBLIA-ORDEN INCLUIDA EN LA PRIMA DE ENROLAMIENTO; MIL CRÉDITOS PARA REPUTACIÓN PERSONAL... PERO MÁS VALE QUE NO TE HAGAN FALTA.

—En ese caso —dijo el viejecito—. En ese caso... Si al menos me permitierais... soy miembro activo de la Iglesia Episcopal Ciudadana... la que produce el arrepentidor es-

pontáneo. Es grande tu pecado, muchacho, pero si el Juez Instructor lo permite, te enviaré al precinto un arrepentidor...

—Podéis hacerlo. Vuestro Honor —dijo el policía—. En marcha.

Las puertas del vehículo se cerraron, y Sergio pudo ver como el rostro arrugado y bondadoso del anciano se borraba en la distancia, sumiéndose entre las luces de los coches y el suave movimiento de los palmerales. A sus pies, los vehículos se movían como escarabajos charolados en mil colores, cubriendo y descubriendo el brillante revestimiento gris de la calzada; a los lados, pasaban veloces las arcadas cubiertas de ventanas. Sortearon un entramado metálico tendido de un lado a otro de la avenida, cubierto de una hormigueante muchedumbre...

LA SUPERPRODUCCIÓN ESTELAR «RAZA DE HÉROES» EN EL CINE GRIS-VERDE. CONTEMPLA CON TUS OJOS EL HERÓICO SACRIFICIO DE AQUELLOS QUE SUPIERON MORIR PARA QUE OTROS VIVIERAN. CIEN MIL EXTRAS. FASTUOSOS DECORADOS. LA PELÍCULA DE TODOS LOS TIEMPOS. CON CLARK VANCE JR. Y TODITA NOON.

Pasaron sobre el nudo de tráfico, enracimado de semáforos y señales, donde poco antes había habido un accidente. Los restos ennegrecidos de tres vehículos se empotraban entre sí al pie de una de las columnas de señalización del tráfico rápido; dos vehículos policiales y una grúa trabajaban afanosamente a su alrededor; el sonido de una ambulancia surcó, en la lejanía, el aire espeso y removido por los ventiladores.

La avenida se ensanchaba en aquel punto, de tal manera que sus lados eran casi invisibles. Sergio, alzando la cabeza, pudo ver que se estaban acercando a la bóveda, y, si-

multáneamente, ganando velocidad. El zumbido del motor, antes sordo, se convirtió en un fúnebre aullido, y el exterior se transformó en una masa de colores sin forma alguna.

—Es cosa de momentos, chico —dijo el policía bondadoso—. No tendrás tiempo de enterarte de nada. El juicio, y después...

—No le consueles —dijo el otro—. Es un criminal, un indeseable. Un asesino indigno de compasión. Por mí, no llegaba vivo al precinto.

Los pensamientos daban vueltas velozmente en la cabeza de Sergio. Había tomado una decisión, cierta o equivocada, pero estaba tomada ya y no cabían enmiendas. Ni siquiera le causaba vergüenza el hecho de ser un criminal y la exhibición pública que había experimentado poco antes. Se sentía como acorchado, sin sentimientos ni deseo alguno de luchar más. Quizá más adelante este deseo de luchar por lo que él creía reviviera nuevamente. Pero ahora no; ahora sólo quería olvidar.

PAGA TUS IMPUESTOS A LA PRESIDENCIA HEREDITARIA. CUMPLE CON TUS OBLIGACIONES. NO DEJES PARA MAÑANA EL IMPUESTO QUE PUEDAS PAGAR HOY.

Olvidar... No era tan fácil decirlo. El rostro de Adalba Ferrant aparecía una y otra vez en sus pensamientos. ¿Por qué ese rostro, precisamente, si sólo la había visto dos veces? Quizá porque fuera una perfecta expresión, lindante casi con la imposibilidad, de las virtudes que una muchacha debiera tener. Un rostro perfecto, angelical en sus trazos, lleno de pureza y buenos sentimientos. No se había atrevido a pronunciarse con ella, ni a propasarse un poco, como con otras. Bien era cierto que casi nunca había conseguido nada... Adalba Ferrant. Una mujer cuya compañía le hubiera salvado, posiblemente, del negro destino que le espera-

ba. Por soñar no sucedía nada... Quizá si la hubiera conocido antes; quizá si ella hubiera llegado a ser su esposa, la madre de sus hijos, la compañera de su vida... Y en vez de eso, esa terrible insatisfacción, ese odio hacia todo que le había traído aquí... Esa insana sensación de no poder luchar contra el destino, y de estar encerrado por otros en una jaula de la que nunca hubiera podido salir... «Adalba Ferrant —pensó—. No sé si te amo. Pero creo que sí hubiera podido amarte».

El vehículo picó hacia el suelo, mientras los pies del piloto daban una patada a la barra del timón, y su mano derecha introducía los flaps. El efecto de frenado fue grande, y los dos policías, juntamente con él, se fueron hacia adelante, rápidamente contenidos por la pared interna de seguridad. Con un rugido rasposo, los colchones magnéticos tomaron suelo ante la entrada del precinto 332.

Apenas tuvo tiempo Sergio de ver la alta y cuadrangular forma gris, llena de negras ventanas, torrecillas y aspilleras, con los cables y las antenas de comunicación surcándola en todas direcciones. Sobre el techo, a cientos de metros de altura, un monstruoso ventilador, con las aspas afiladas como navajas daba vueltas lentamente, enviando hacia abajo un leve corriente de aire grasiento. De vez en cuando, una gota de espeso aceite negro caía sobre la acera, manchando de forma indeleble a aquellos que se atrevían a acercarse, demasiado.

Le introdujeron en una sala cuadrada, con un gran mostrador en un extremo, y el resto ocupado por bancos sueltos. Le sentaron de un empujón en uno de ellos, y conectaron sus esposas doradas a una cadena de acero. Tras el mostrador, el personal civil, inclinado sobre sus máquinas, escribía, calculaba y retransmitía mensajes continuamente. Una pantalla mural se cubría sin cesar de anuncios de busca y captura y de órdenes de detención, muchas de ellas en la abreviada clave de la policía, casi incomprensible.

MEC. ERNEST MAGELLAN, 110-26-34-92. NO SE-
ÑAS PART. PERS. CULP. COND. 3333 VECES. DOCE
MIL CREDITS. TERR. PAC. CUT. VER. DISC. COMISA-
RIO JEFE LEONIDAS HEILBRONN. —PR. 389—. ¡PE-
LIGROSO! ¡VA ARMADO!

Había una pareja sentada en otro banco, frente a él. No iban esposados. La chica era morena, graciosa, vestida con un atrevido traje verde que descubría sus hombros, de piel muy blanca. Muy pintada, y con cierto aspecto osado. El muchacho llevaba la chaqueta con placas cromadas de los MEC, y pantalones azules llenos de remaches y cosidos con hilo de acero. Eran claramente visibles las argollas de la chaqueta y de los pantalones donde había estado prendida la gruesa cadena de hierro que les servía de arma. Indudablemente, era lo primero que le habían quitado al cogerlo. Durante unos segundos, Sergio miró a la chica, deleitándose en las curvas del torneado cuello y los blancos hombros; después, casi automáticamente, retiró la vista temiendo molestar a su compañero. Lo hubiera hecho aun cuando no se tratase de un Mec (que siempre inspiraba pavor) puesto que los residuos de su educación ciudadana eran aún grandes. Mirar de esa forma a una muchacha que iba con otro estaba mal.

Luego pensó que daba igual, que estaba condenado, y que el Mec no iba a poder hacerle nada que no estuviera ya preparado en la mente del Juez Instructor de Las Llanuras de Israel. Por ello, volvió a mirar fijamente a la joven, analizando una a una las formas que el ceñido traje verde (una verdadera indecencia, pensándolo bien) ponía en valor.

—¡Oye, tú, cerdo...! —dijo el Mec, levantándose—. ¿Qué te has creído...?

—Déjale en paz —gruñó el sargento, alzándose a medias detrás del mostrador—. Ese lleva lo suyo. Es el que hi-